

rarse de la fortaleza de Castro Ferral, á la parte oriental de las Navas. Al anochecer llegaron los tres reyes al pie de la montaña con el grueso del ejército. Quedaba no obstante el formidable paso de la Losa defendido por la muchedumbre mahometana. Colocados los moros entre riscos que les servian de parapetos casi inexpugnables, encajonados los cristianos entre desfiladeros y angosturas que impedian desplegar su caballería, su posicion era crítica y apurada. Túvose consejo para deliberar lo que convendria hacer. Opinaban algunos por desalojar á los enemigos á todo trance; otros mas concedores de la imposibilidad que para esto ofrecian aquellas asperezas estaban por la retirada. Opusieronse á este último dictámen los reyes de Castilla y Aragon, penetrando todo el mal efecto que haria en el ánimo del soldado un triunfo dado al enemigo sin combatir, y no perdiendo nunca la confianza en el auxilio divino. Grande era de todos modos el conflicto de los cristianos.

En tan enojosa perplexidad presentóse en los reales de Alfonso un pastor manifestando que con motivo de haber apacentado mucho tiempo sus ganados por aquellas sierras conocia muy bien todas las sendas y sabía de un camino ó vereda por donde podria subir el ejército sin ser visto del enemigo hasta la cumbre misma de la sierra, donde hallaria un sitio á propósito para la batalla. Tan halagüeña era para los cristianos aquella revelacion, que por lo mismo recelaban si las

palabras del rústico envolverian alguna asechanza inventada por el enemigo para comprometerlos en alguna angostura ó paso sin salida. Era no obstante tan ventajosa la noticia, si fuese cierta, que merecia bien la pena de correr el riesgo de hacer una exploracion del terreno llevando al pastor por guia. Encomendóse pues la peligrosa empresa á don Diego Lopez de Haro y á don García Romeu, caballero aragonés. Estos dos intrépidos gefes acompañados del pastor, fueron caminando por uno de los costados de la montaña, y despues de algun rodeo halláronse en efecto en una estensa y vasta planicie como de diez millas, capaz por consiguiente de contener todo el ejército, variada con algunos collados, y como fortalecida por la naturaleza y resguardada por el arte á modo de un anfiteatro. Estas llanuras eran las Navas de Tolosa, que habian de dar, no tardando, su nombre á la batalla ⁽¹⁾. Era por consiguiente exacto cuanto les habia informado el pastor ⁽²⁾.

Gozosos los exploradores avisaron á los reyes que podian subir sin cuidado con el ejército, y asi lo hi-

(1) Las Navas de Tolosa pertenecen á las llamadas poblaciones de Sierra-Morena, partido de la Carolina, y lindan con el desfiladero nombrado de Despeña-perros.

(2) Dice alguna crónica que este pastor se llamaba Martin Hala-ja; que entre las señas que dió fué una que encontrarían en el sendero una cabeza de vaca comida de los lobos, lo cual se verificó

tambien; y añaden, que enseñado que hubo el camino no se volvió á ver á semejante hombre: por lo mismo no es maravilloso que en aquellos tiempos se generalizara la tradicion de que aquel hombre era un ángel bajo el traje de pastor. El suceso verdaderamente, atendidas todas las circunstancias, parece tener algo de providencial, ya que no de milagroso.

cieron al siguiente día sábado 14 de julio. La avanzada que ocupaba á Castro Ferral le abandonó como punto ya inútil, lo cual observado por los moros lo interpretaron como una renuncia á pasar por la garganta de la Losa, y por consiguiente á combatir. Sorprendiéronse mas por lo tanto al ver luego al ejército cristiano plantar sus tiendas en la meseta de la montaña; mas aunque sorprendidos no dejaron por eso de prepararse al combate, procurando Mohammed provocar á los cristianos á una batalla general en aquel mismo día, y como los cruzados no quisieran aceptarla, fatigados como se hallaban de marcha tan penosa, tomólo el musulman por miedo y cobardía, y escribió arrogantemente á Baeza y á Jaen diciendo que tenia asediados á los tres reyes y sus ejércitos, y que no tardaria tres días en hacerlos á todos prisioneros. El emperador de los Almohades, llamado por los nuestros el Rey Verde porque vestia de este color, estaba en una tienda ó pabellon de terciopelo carmesí con flecos de oro, franjas de púrpura y bordados de perlas, colocado en un cerro que dominaba la comarca cuajada de musulmanes en valles, colinas y llanuras.

Al día siguiente domingo 15 al romper el día volviéronse á presentar los sarracenos en órden de batalla como el anterior, y así permanecieron hasta medio día esperando el momento del ataque. Pero los cristianos, ya por la festividad del día, ya por

tomarse tiempo para reconocer bien las fuerzas y la disposicion del ejército musulman, y preparar convenientemente las suyas, persistieron en no lidiar hasta el siguiente, ocupándose en tanto los monarcas y caudillos en disponer lo necesario para la batalla, los prelados y clérigos en exhortar á los soldados é inspirarles un santo y religioso fervor. A poco mas de media noche los heraldos hicieron resonar á voz de pregon en las tiendas cristianas la órden de prepararse á la guerra del Señor por medio de la confesion y de las oraciones. Gefes y soldados asistieron devotamente al sacrificio de la misa; oraron todos, confesaron y comulgaron muchos, animábanse unos á otros, y así preparados con las prácticas y ejercicios de la fé, y recibida la bendicion de los obispos, aguardaron la hora del alba, en que el rey de Castilla dió órden de ensillar los caballos y empuñar las ballestas, lanzas y adargas. Resonaron las trompetas y atambores, y todo el campo se puso en movimiento. Todos querian pelear en vanguardia; todos querian pertenecer á las primeras filas: el aguerrido veterano Dalmau de Crexel, catalan del Ampurdan, fué el encargado de ordenar las haces.

Formáronse cuatro cuérpos ó legiones; una que era la vanguardia, al mando de don Diego Lopez de Haro, que llevaba á sus órdenes á don Lope y don Pedro sus hijos, á su primo don Iñigo de Mendoza, y á sus sobrinos don Sancho Fernandez y don Martin

Núñez ó Muñoz: Pedro Arias de Toledo era el primer porta-estandarte: seguian las cuatro órdenes militares, los caballeros de San Juan con su prior don Gutierre de Armildez, los templarios con su maestre don Gonzalo Ramirez, los de Santiago con su maestre don Pedro Arias de Toledo, los de Calatrava con el suyo don Ruiz Diaz de Yanguas; acompañaban á esta division los concejos de Madrid, Almazan, Atienza, Ayllon, San Esteban de Gormaz, Cuenca, Huete, Alarcón y Uclés. El rey de Navarra conducia el segundo cuerpo con las banderas de Segovia, Avila y Medina del Campo, y muchos caballeros portugueses, gallegos, vizcainos y guipuzcoanos. Llevaba el estandarte real su alférez mayor don Gomez García. Capitaneaba la tercera, ó sea el ala izquierda, el rey don Pedro de Aragon con los caballeros y prelados de su reino, tremolando el pendon de San Jorge su alférez mayor don Miguel de Luesia. Mandaba la retaguardia y centro y en cierto modo el ejército-entero el rey don Alfonso de Castilla, y ondeaba su estandarte, en que se veia bordada la imágen de la Virgen, el alférez don Alvar Núñez de Lara. Aqui iban el venerable é ilustrado arzobispo de Toledo don Rodrigo Jimenez, con los demas prelados de Castilla, el conde Fernan Núñez de Lara, los hermanos Girones, hijos del conde don Rodrigo que murió alanceado en Alarcos, don Suero Tellez, don Nuño Perez de Guzman con otros caballeros castellanos, y las comuni-

dades de Valladolid, Olmedo, Arévalo y Toledo ⁽¹⁾.

El ejército musulman formaba una media luna y estaba repartido en cinco divisiones. Los voluntarios de las tribus del desierto constituian la vanguardia: los Almohades tremolaban en el centro sus vistosos pendones; y á retaguardia formaban los andaluces. Rodeaba la tienda del califa un círculo de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacian como un parapeto inexpugnable, y á mayor abundamiento resguardaba aquel cuadro un estenso semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro, con mas de tres mil camellos puestos en línea. Dentro de esta especie de castillo estaba el emir Mohammed vestido con el manto que solia llevar á las batallas su abuelo el gran Abdelmumen, teniendo á sus pies un escudo, á su lado un caballo, en una mano la cimitarra y en otra el Coran, cuyas oraciones y plegarias leia en alta voz recordando la promesa del paraíso y de la bienaventuranza á los que morian en defensa de su fé.

Cuando el sol comenzaba á dorar las altas colinas de Sierra-Morena, un sordo murmullo se oyó en ambos campamentos, anuncio de que iba á dar principio la batalla. Mirábanse frente á frente los innumerables guerreros que seguian los pendones de las dos opuestas creencias; jamás en cinco siglos se habia visto

(1) Otros nombres pueden verse especificados con prolijidad en don Rodrigo, Bleda, Zurita, Argote de Molina, la Crónica de Beuter y otras varias.

reunido en España tanto número de combatientes; á lo menos por parte de los musulmanes, segun sus mismos historiadores, «nunca antes rey alguno habia congregado tan inmenso gentío, pues iban en aquel ejército ciento sesenta mil voluntarios entre caballería y peones, y trescientos mil soldados de excelentes tropas almohades, alárabes y zenetas, siendo tal la presuncion y confianza del emir en esta muchedumbre de tropas, que creia no habia poder entre los hombres para vencerle (4).» Serían los cristianos como la cuarta parte de este número, y bien era necesario que al número supliese el ardor de la fé. Suenan los atabales y clarines en uno y otro campo; la señal del combate está dada, y moros y cristianos se arrojan con igual ímpetu y corage á la pelea. El valiente don Diego Lopez de Haro fué el primero de los nuestros en acometer con los caballeros de las órdenes y los concejos de Castilla; de los musulmanes lo fueron los voluntarios en número de 160,000. Imposible fué á los nuestros resistir la primera acometida de los infieles con sus largas y agudas lanzas, y se cuenta que don Sancho Fernandez de Cañamero que llevaba el pendon de Madrid con un oso pintado huyó con él en vergonzosa retirada, hasta que encontrado por el rey de Castilla le obligó lanza en ristre á volver otra vez rostro al enemigo y á recobrar el honor de su bandera. Pero don Diego Lopez, blandiendo su

(4) Conde, p. 3., c. 55.

robusta lanza tantas veces teñida en sangre enemiga, auxiliado de los de Calatrava, y resguardado con su armadura de hierro, metíase por entre los infieles y se cebaba en matar. Envalentonados no obstante los moros con el éxito de la primera carga volvieron á acometer con nuevo brio, y rompieron las filas de los navarros; y aunque acudió con oportunidad el rey don Pedro con sus aragoneses, lograron todavía algunos audaces moros penetrar hasta cerca de donde estaba el rey de Castilla, el cual á vista de aquello, aunque sin inmutarse, *nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente*, dice la crónica, se dirigió al arzobispo don Rodrigo y le dijo en alta voz: *Arzobispo: yo é vos aquí muramos*; á lo cual el prelado contestó: *Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos*. Entonces dijo el rey: *Pues vayamos á prisa á acorrer á los de la primera haz que están en grande afincamiento*.

En vano Fernan Garcia se avalanzó á la brida del caballo del rey para contenerle y evitar que se metiera en el peligro diciendole: *Señor, id paso, que acorrer habrán los vuestros*. Al ver el monarca castellano á un clérigo que vestido de casulla y con una cruz en la mano venia desalentado ya, perseguido por un peloton de moros, que asi se burlaban de su pusilanidad como denostaban al sagrado signo que en su mano traia, y le apedreaban, apretó los hijares de su caballo, y encomendándose á Dios y á la Vir-

gen y blandiendo su lanza dióse á correr contra los atrevidos infieles. Siguiéronle todas sus tropas, incluso los obispos y clérigos. Don Domingo Pascual, canónigo de Toledo, desplegó al aire el pendon del arzobispo que llevaba, y metiéndose por medio de las filas enemigas entusiasmó de tal modo á los cristianos que todos arremetieron desesperadamente, derribando cuanto se les ponía por delante, haciendo perder á los sarracenos el terreno que habian ganado, hasta llegar cerca de la guardia de Mohammed. Entonces Abu-Said que mandaba los voluntarios mandó á los escuadrones andaluces avanzar en socorro de los Almohades y africanos que sostenian todo el peso de la batalla, y morian ya á millares al impulso de las lanzas castellanas. Pero aquellos, que resentidos de la injusta muerte del noble caudillo andaluz Aben Cadis habian jurado vengarse del emperador y su vazir, picados tambien de verse colocados á retaguardia y formando cuerpo aparte como si no perteneciesen al ejército musulman, en vez de acudir al llamamiento de Abu-Said volvieron riendas, y como si les sirviese de satisfaccion el destrozo que los cristianos comenzaban á hacer en sus rivales se alejaron del campo entregando á sus correligionarios á su propia suerte.

Desde este punto el combate hasta entonces sostenido por los Almohades con valor se convirtió en un degüello general de aquella inmensa morisma. Quedaba no obstante íntegro el parapeto de diez mil ne-

gros que circundaba y defendia la tienda del Miramolin. Multitud de caballeros cristianos cargó con brio sobre aquellas murallas de picas. Los hombres de atezados rostros encadenados entre sí é inmóviles como estatuas esperaron á pie firme la arremetida de los cristianos, cuyos caballos quedaban ensartados en las agudas puntas de sus largas y erizadas lanzas. Pronto embistió la acerada valla otra muchedumbre de caballeros, que pertrechados con bruñidas corazas, calada la visera que cubria su rostro, empujaban sus ferrados cuerpos con la misma confianza que si fuesen invulnerables contra la falange inmóvil de los apiñados etiofes, cuya negra tez y horribles gesticulaciones provocaban mas la rabia de los guerreros cruzados. Distinguíase cada paladin español por los emblemas y divisas de sus armas y blasones, por el color de sus cintas y penachos, muchos de ellos ganados en los torneos, algunos en los combates de la Tierra Santa. Sabíase que el caballero del Aguila Negra era el esforzado Garci Romeu de Aragon; que el del Alado Grifo era Ramon de Peralta; Ximen de Góngora el de los Cinco Leones; que los de la Sierpe Verde eran los Villegas; los Muñozes los de las Tres Fajas; los Villasecas los del Forrado Brazo; los de la Banda Negra los Zúñigas y los de la Verde los Mendozas ⁽¹⁾. Y á pesar del esfuerzo de estos y otros no menos bravos campeones, los feroces negros con bár-

(1) Argote de Molina, en su Nobleza del Andalucía, l. I. c. 46.

bara inmovilidad, bien que los grilletes los tenían como tapiados, dejábanse degollar, pero no intentaban ni podían avanzar ni retroceder. El baluarte necesitaba ser roto ó saltado como un muro. Pero estaba decretado que nada había de haber inexpugnable para los soldados de la cruz en aquella jornada.

Mil gritos de aclamación levantados á un tiempo en las filas españolas avisaron haber ocurrido alguna novedad feliz. Así era en efecto. En medio del palenque de los bárbaros mahometenos descollaba un ginete tremolando el pendón de Castilla: era don Alvar Nuñez de Lara. ¿Cómo había franqueado la barrera este bravo paladin? Obra había sido de su arrojo, y ayudóle su fúgoso y altísimo corcél que obedeciendo al acicate había salvado el acerado parapeto de un salto prodigioso, y corbeteando en medio de los enemigos con orgullosa alegría, como si estuviese dotado de inteligencia, parecía anunciar ya y regocijarse de la victoria. El ejemplo de Lara estimula á otros caballeros, pero espantados los caballos con la muralla de picas vuelven las ancas hácia las filas y coceando contra las puntas de las lanzas parecía significar á sus dueños la manera como se podía romper aquel baluarte; entonces los ginetes, dando estocadas de revés, logran abrirse paso. Mas al penetrar en el círculo los intrépidos ginetes encuentran que los ha precedido ya el rey de Navarra, que rompiendo la cadena por otro flanco había entrado acaso antes que el de Lara.

Siguieron al navarro varios tercios aragoneses, como al abanderado de Castilla siguieron los castellanos, y ya entonces todo fué destrozo y mortandad en los obstinados negros que caían á centenares y aun á miles, pero sin rendir ninguno las armas y blasfemando de los cristianos y de su religion en su algaravía grosera. El Miramamolín Mohammed que á la sombra de su lujoso pabellón leía el Corán durante la pelea, cuando oyó los gritos de victoria de los cristianos y vió que faltaba poco para que llegaran á su tienda soltó el libro y pidió el caballo. «Monta, le dijo un árabe que cabalgaba en una yegua, monta, señor, en esta castiza yegua, que no sabe dejar mal al que la cabalga, y quizá Dios te libraré, que en tu vida consiste la seguridad de todos. Y no te descuides, añadió, que el juicio de Dios está conocido, y hoy es el fin de los musulimes.» Y montó el antes orgulloso y ahora desatentado emir, y dirigióse á todo escape á Jaén, acompañándole el alárabe en un caballo, «y huyeron, dicen sus crónicas, envueltos en el tropel de la gente que huía, miserables reliquias de sus vencidas guardias.» Los cristianos persiguieron á los fugitivos hasta cerrada la noche: el rey de Castilla había mandado pregonar que no se hiciesen cautivos, y en su virtud se cebaron los cristianos en la matanza hasta dejar todos aquellos campos tan espesamente sembrados de cadáveres que con mucho trabajo podían dar un paso por ellos los mismos vencedores.